

imperio. Véase en él una gravedad, mitigada con blandura, que le hacia amable y venerable á todos. Jamás otro algun hombre en toda la conducta de su vida mostró mayor integridad, constancia y generosidad. Vivía con ejemplar castidad y templanza; distribuía sus bienes á los pobres con tanta liberalidad, que cuando murió no se halló en su casa caudal para enterrarle segun su condicion. Fué de tan sublime ingenio y de juicio tan sólido, que se podia prometer el comun aplauso sobre cualquier asunto que emprendiese. (Teisier, *Elog. Vir. Erud.*) Nótese que fué frances y protestante el autor de este elogio.

§ VI.

Aun hoy está resonando la Francia de los elogios de Antonio de Govea, y tomando para sí gran parte de la gloria de tan famoso jurisconsulto, porque aunque español por nacimiento, fué frances por educacion y estudios. Llegó á tal grado de eminencia el Govea en la comprehension del derecho, que aquel oráculo de la Francia, Jacobo Cujacio, testificó que entre cuantos intérpretes del derecho de Justiniano hubo jamás, Antonio Govea era el único á quien se debía de justicia el principado. Así lo refiere el Thuano, en su historia, al año 1565. Lo más admirable es, que fuese tan consumado en la espinosa y vasta facultad de la jurisprudencia, habiendo dado gran parte, y acaso la mayor, de su estudio á otras facultades, pues cultivó mucho y felizmente la poesía, y fué tan gran filósofo, que entre todos los aristotélicos franceses logró superior gloria en la defensa de la doctrina peripatética contra el ardiente impugnador de ella Pedro del Ramo. Lo mucho que se distraía del estudio de la jurisprudencia, se confirma con lo que refiere Papirio Mason, esto es, que Cujacio confesaba que el ingenio de Govea le ponía miedo de que habia de superar y obscurecer su gloria; mas al fin, viendo su poca aplicacion, se habia aliviado de este susto.

Iguálmente, ó poco ménos que los antecedentes, es celebrado por los extranjeros Agustín Barbosa, como se ve en los elogios que hicieron de él Ugelio, Jano Nicio Erithreo y Lorenzo Craso; si bien sospechan algunos que lo mejor que anda en la vasta coleccion de sus obras no es suyo, sino de su padre, Manuel Barbosa. Dió motivo grave á esta sospecha el que las primeras obras que dió á luz nuestro Agustino exceden en calidad á las posteriores, y no siendo verisímil que sus primeras producciones tuviesen excelencia superior á las que fueron fruto de mayor estudio y más madura edad, resulta por buena ilacion, que aquellas fueron parto de otro ingenio, cuyos manuscritos poseía Agustino; y siendo éste, como fué en sus primeros años, muy pobre, es bien creible que no tuviese otros manuscritos preciosos que los de su padre, del cual se sabe que fué jurisconsulto insigne.

§ VII.

Sólo hemos hecho memoria en este catálogo de aquellos pocos españoles á quienes los extranjeros respetan como supremos jurisconsultos: pero ¡pocos los llamol No, sino muchos; que en línea de prodigios es número grande el de cinco, y lo que se multiplica mucho pier-

de la cualidad de prodigioso. No obstante, juzgo que si otros sabios en el derecho que por acá hemos tenido se hubiesen dado á conocer á los extranjeros como los antecedentes, que trataron mucho con ellos, acaso no serian ménos apreciados, ó lo serian poco ménos. En este número pueden entrar los señores Castillo, Larrea, Solorzano, Molina, Crespi, Valenzuela, Velazquez, Amaya, Gutierrez, Gonzalez, Acebedo, Gregorio Lopez y otros muchos, en cuyo elogio no debemos detenernos; porque, siendo aquí nuestro intento asegurar la excelencia de los juristas españoles sobre el testimonio de los autores extranjeros, sólo los que de éstos hallamos singularmente celebrados por ellos, tienen lugar competente en este discurso.

No obstante, ya el amor de la patria, ya la singularidad de los sujetos, me induce á hacer particular memoria de dos que debieron origen y cuna al nobilísimo reino de Galicia. El primero es el señor don Francisco Salgado, espíritu sublime, que entre escollos y sobre sirte supo navegar el mar de la jurisprudencia, por donde hasta su tiempo se habia juzgado impracticable, descubriendo rumbo para acordar las dos supremas potestades, pontificia y régia, por un estrecho tan delicado, que á poco que se ladee el bajel del discurso, ó se ha de romper contra el derecho natural ó contra el divino. Grande ingenio! El cual, si en las obras que escribió sobre este asunto, dió á conocer que sabía navegar entre escollos, en otra no ménos útil que difícil mostró que también sabía caminar por laberintos (1).

El segundo es el señor don Diego Sarmiento y Valladares, inquisidor general que fué de estos reinos, y honor grande del insigne colegio de Santa Cruz de Valladolid, quien, por no haber dado algunas obras á la estampa, se hace más acreedor á que en este escrito se dé noticia al mundo de su rarísima comprehension de uno y otro derecho. El testimonio auténtico que de ella dió siendo colegial de dicho colegio en la universidad de Valladolid, fué tan extraordinario y peregrino, que no se vió hasta ahora otro igual, ni probablemente se verá jamás. El día 31 de Mayo del año 1654 se expuso en conclusiones públicas á responder á todos los juristas y canonistas de aquella universidad, sobre casi todas las partes de uno y otro derecho (comprehendiendo todas las leyes de las Partidas, las de Toro y Nueva Re-

(1) Sólo hice memoria de dos jurisconsultos famosos de Galicia. Fué rara inadvertencia no ocurrirme entonces otro, que, por pariente mio, era naturalísimo tenerle más presente que á los dos que elogí. Este fué don Juan de Puga Feijoo, catedrático de prima de la universidad de Salamanca, cuya vida y escritos sacó poco há á luz el doctor don Gregorio Mayans. La fama de este insigne varon, oráculo de la jurisprudencia, durará cuanto dure la universidad de Salamanca. Ni es menester hacer aquí su elogio, porque las voces de cuantos doctores salmantinos le alcanzaron y le sucedieron gritaron á toda España, y hoy gritan sus escritos á toda Europa, su singularísimo ingenio.

Noto aquí, que en las memorias que adquirió don Gregorio Mayans de el origen de don Juan de Puga Feijoo, padeció el engaño de que por la parte de Puga fuese originario de la montaña. Dice así: *Puga nobiles sunt, et originem ducere dicuntur à Burgorum montibus; Feijooes etiam sunt nobiles à Gallacia.* El señor don Juan de Puga, tan gallego era por Puga como por Feijoo, y más cercano pariente mio por el primero que por el segundo apellido. Tanto los Pugas como los Feijooes tienen su antiquísimo origen en la provincia de Orense, parte de el reino de Galicia.

§ VIII.

Física y matemática.—Así como es deuda vindicar nuestra nacion en los puntos en que nos agravian los extranjeros, es tambien justo condescender con ellos en lo que tuvieren razon. En esta consideracion, es preciso confesar que la física y matemáticas son casi extranjeras en España. Por lo que mira á la física, nos hemos contentado con aquello, poco ó mucho, bueno ó malo, que dejó escrito Aristóteles. De matemáticas, aunque han salido algunos escritos muy buenos en España, de algun tiempo á esta parte, no puede negarse, que todo, ó casi todo, es copiado de los autores extranjeros.

Astronomía.—Esto se debe entender con reserva de la astronomía, ciencia cuyo conocimiento debe á España toda Europa, pues el primer europeo de quien consta la haya cultivado fué nuestro rey don Alonso el Sabio. Y si otros ántes de él la cultivaron, fueron sin duda españoles, pues esta ciencia fué trasladada de los egipcios á los europeos por medio de árabes y sarracenos, los cuales, á vuelta de tantos daños como nos causaron, nos trajeron todo el conocimiento que entonces habia en el mundo de astrología, física y medicina. Así, como quiera que confesemos los adelantamientos que los extranjeros hicieron en estas facultades, retenemos un gran derecho para que nos veneren como sus primeros maestros en ellas. La falta de escuela, de uso y de aficion tiene muy atrasados á los españoles en las dos primeras.

§ IX.

Medicina.—De la medicina se debe hablar con distincion. Por lo que mira á los principios, método y máximas, aun no sabemos quiénes son los que mejor instruyen, si nuestros autores, si los extranjeros. Todo está debajo del litigio, así de parte de la razon como de parte de la experiencia. Ninguno es concluido en la disputa; todos celebran sus aciertos, y es creible que todos cometen sus homicidios. Acá tenemos un gran número de autores clásicos, á quienes celebran los de otras naciones. De confesion de ellos mismos, el *Método de Valles* es una obra tan singular, que no tiene competencia.

Botánica y química.—En orden á la materia médica, es claro que hoy mendigamos mucho de los extranjeros, por la grande aplicacion suya, y casi ninguna nuestra, á la química y á la botánica. Hoy digo, porque en otros tiempos sucedió lo contrario. Plinio (libro xxv, capítulo viii) da el primer honor á los españoles en el descubrimiento de yerbas medicinales, en cuya investigacion trabajaron con tan exquisita y prolija diligencia, que hacian, en tiempo del mismo Plinio, una pocion que tenían por salubérrima, compuesta de los jugos de cien yerbas diferentes. Perdióse aquella composicion, que acaso seria mejor que todas las que hoy se hacen, y venden á precio muy alto, en las boticas, por constar de drogas extrañas, y no lo que valen, sino lo que cuestan, tienen de preciosas. Del estudio que entonces tuvieron los españoles en la botánica es natural que se utilizasen las demas naciones, aprendiendo de ellos el conocimiento de muchas yerbas medicinales; cuya noticia, perdida acá despues por la continua ocupacion de las guerras, hoy se res-

copilacion) en la forma siguiente: Que siendo preguntado por el contenido de cualquiera capítulo ó número de cualquiera título de ambos derechos, responderia dando literalmente el principio de dicho capítulo ó número, y refiriendo la especie contenida en él; asimismo siendo preguntado inversamente por cualquiera especie contenida en uno ú otro derecho, daria puntualmente la cita del capítulo ó número donde se halla dicha especie, añadiendo la prueba á *ratione* de la decision; pero mejor se entenderá esto, poniendo aquí específicamente el asunto de dichas conclusiones, en la forma misma que entonces salió al público, y hoy, para eterna memoria de un hecho tan singular, se conserva estampado en raso liso encarnado, como lo he visto, y de donde saqué el trasunto, en la excelente biblioteca del colegio de Santa Cruz.

PRIMA ASSERTIO.

Interroganti de quocumque capite cujuslibet tituli per decretalium integros quinque libros, sexti Clementinarum, extravagantium communium, et quatuordecim titulos extravagantium Joannis papæ XXII, designato tantum numero capituli, dabimus ejus initium, et sententiam. Idem per integros quatuor Institutionum Justiniani libros.

SECUNDA ASSERTIO.

Similiter ex universis septem partitarum (prima partita excepta, cui leviolem curam impendimus, quia omnia fere, quæ continet, ex prædictis decretalium libris transcripta sunt) et novissimæ recopilationis librorum novem, omnibusque Tauri legibus, numero dicto sententiam dabimus.

TERTIA ASSERTIO.

E contra: quacumque specie proposita principaliter in prædictis omnibus triplicis juris libris comprehensa, dabimus textum probantem speciem, et cujusque decisionis rationem.

Los que saben cuántos y cuán gruesos volúmenes comprehende la materia de este desafio, y en cuán menudas divisiones se desmenuza, no podrán ménos de asombrarse; pero crecerá á raptó extático su admiracion, si consideran que el señor Valladares no tenia más que treinta y cuatro años de edad cuando presidió dichas conclusiones; ¿qué seria con diez, con veinte, con treinta años más de estudio?

Sé que muchos reputan únicamente por efecto de una portentosa memoria el triunfo, que este héroe de la jurisprudencia logró en empresa tan ardua; pero éstos, ó ignoran ó no advierten que fué condicion expresada en el cartel, y ejecutada en el acto, el dar razon de cuantas decisiones se propusiesen de uno y otro derecho; lo que seria imposible ejecutar sin una profundísima sabiduría, y sin un ingenio supremamente pronto y perspicaz. Hombres de este calibre son unos monstruos, al parecer compuestos de las dos naturalezas, angélica y humana:

Quis meliorem huto fixit præcordia Titan.

taura en la letura de autores extranjeros, que, siendo verdaderamente discípulos de los españoles antiguos, se han granjeado el honor de maestros de los españoles modernos.

§ X.

Anatomía.—La pericia anatómica se debe enteramente á los extranjeros. Los antiguos griegos Hipócrates, Demócrito, Aristóteles, Erasistrato, Galeno dieron los primeros rudimentos, que de dos siglos á esta parte se fueron perfeccionando por italianos, franceses, alemanes, daneses, ingleses y flamencos; pero, por más que estos proclamen la suma necesidad de esta ciencia para el recto uso de la medicina, aún está debajo de cuestion si se puede pasar sin ella, por lo ménos en orden al conocimiento de las partes menudas ó delicadas del cuerpo humano; pues éstas, cuando llegan á ser examinadas en el cadáver, están en muy diferente estado de aquel que tenían en el viviente. Son otros su color, su figura, su magnitud, su colocacion; por lo que es fácil que representen otro oficio distinto del que realmente ejercian en la conservacion de la vida. Todo el tiempo que dura la enfermedad se van inmutando poco á poco, de suerte que cuando llega á ellas el cuchillo anatómico, ya no son sombra de lo que fueron. Por esta razon Herófilo y Erasistrato, segun refiere Cornelio Celso, pedian á los príncipes, malhechores sanos condenados á muerte, á quienes, casi en el mismo acto de matarlos, registraban las entrañas, y de este modo hallaban los vasos más menudos en su estado natural ó muy cerca de él. Abandonaron otros médicos esta práctica, por juzgarla cruel; mas yo no hallo por dónde capitularla de tal, pues á unos hombres destinados á suplicio capital, indiferente les era ser degollados por el verdugo, ó perder la vida en manos de un cirujano.

Fuera de esto, no pocos de los que se llaman nuevos descubrimientos, aún son cuestionados entre varios anatómicos. Pero démoslos todos por inconcusos; ¿qué se ha adelantado en la práctica médica con ellos? ¿No se cura hoy del mismo modo que ántes, y no son hoy incurables todas las enfermedades que ántes lo eran? Es claro. Descubrió Andres Cesalpino, ó sea norabuena el padre Sarpi ó Guillermo Harveo, la circulacion de la sangre, Aselio las venas lácteas, Pecqueto el reservatorio del quilo y conductos torácicos, Tomas Bartolino los vasos linfáticos, Uvarton los conductos salivales inferiores, Stenon los superiores, Uvisurgo el conducto pancreático. Averiguó Uvillis, con más exactitud que todos los que le precedieron, la composicion del cerebro y de los nervios; adelantósele en esta misma parte Vieusens, célebre médico de Mompeller; Glison trató con excelencia y novedad del hígado, Uvarton de las glándulas, Graaf del jugo pancreático y de los instrumentos de la generacion, Lower del movimiento del corazón, Truston de la respiracion, Peyero de las glándulas de los intestinos, Drelincurt de los huevos femíneos, Marcelo Malpigi, médico de Inocencio XII, descubrió una máquina de cosas en los pulmones, en el cerebro, en el hígado, en el bazo, en los riñones y otras partes. ¿Qué utilidad hemos sacado de tantos descubrimientos? Que

con tanta dificultad se curan, si es que se curan, los afectos capitales, torácicos, renales, etc., ahora como en otros tiempos.

Lo dicho se debe entender segun el estado presente de la anatomía y medicina, no del posible; ántes me imagino que si el arte médico puede lograr algun género de perfeccion, sólo arribará á él por medio del conocimiento anatómico. Cuando se llegase á comprender exactamente la textura, configuracion y uso de las partes del cuerpo humano, es verisimil que por aquí se averiguasen las causas que hoy se ignoran de innumerables enfermedades; siendo muy creible que estas tengan su origen, no de cualidades ó intemperies imaginarias, sino de la inmutada textura, ya de los sólidos, ya de los líquidos. Posible, pues, parece hallar por la via de la anatomía un sistema mecánico-médico, en que se vea claramente la conexon de tal y tal enfermedad con la descomposicion ó alterada textura de tal y tal órgano. Ya veo que esto mismo descubriría que son incurables muchas, en cuya curacion hoy trabajan los médicos. Pero ¿no sería un gran bien de los enfermos no atormentarlos con la curacion cuando no puede restituirse les la salud? ¿Y mucho mayor aplicarlos á tratar de la eterna, cuando no pueden lograr la temporal?

Tampoco pretendo que los descubrimientos modernos en la anatomía carezcan de toda utilidad; son útiles sin duda, no sólo en lo médico, mas aún en lo filosófico y teológico. En lo filosófico, porque manifiestan la estructura y uso de los órganos del cuerpo humano, cuyo conocimiento hace una parte principalísima de la física. En lo teológico, porque demuestran palpablemente la existencia del supremo y sapientísimo Artífice en la admirable composicion y armonía de tan sutil y delicada fábrica. En fin, en lo médico descubren varios errores de los antiguos en orden á la teórica, y tal cual en orden á la práctica. Pero es cosa admirable ver á los más de nuestros médicos tan encaprichados de su antiguo ripio, que no hay modo de hacérselo abandonar, aún donde se conoce con evidencia el error. Siendo visible por la anatomía que todas las venas que discurren por el brazo son ramos de la *subclavia*, y que sólo por este conducto se comunica la sangre de ellas á todo el resto del cuerpo, como asimismo á los varios ramos de arterias que hay en el brazo no viene la sangre, sino por la arteria que tiene la misma denominacion, sale por consecuencia evidente, que es totalmente inútil la eleccion de esta ó la otra vena del brazo para ejecutar en ella la sangría, y que no tiene fundamento alguno llamar á esta *torácica*, á aquella *basílica*, á la otra *cefálica*, pues no tiene más correspondencia con esta ó aquella parte del cuerpo una que otra. No obstante, hay médicos, no ignorantes de la anatomía, que porfian tenaces en esta manía de la eleccion de venas en el brazo, y juzgan que en varios accidentes harán maravillas sangrando de la *salvatela*, á quien acuden muchas veces como á sagrada áncora, despues que hicieron inútilmente otras sangrías. Este error es perniciosísimo, porque con la aprehension de que el sangrar de aquella parte tiene alguna especial conducencia, ejecutan esa sangría más, sobre las otras, en las cuales ya acaso se habia sacado más sangre de la que se debiera, debilitando sumamente al pobre en-

fermo; lo que no hicieran si no estuvieran preocupados de aquel error.

Recuerdo aquí al lector, porque no me culpe esta y semejantes digresiones, que en el prólogo del primer tomo (*) le previne que mi designio, no sólo era impugnar los errores comunes, pertenecientes derechamente al asunto y título de cada discurso, mas tambien los que por incidencia ocurriesen, exponiendo allí el motivo de seguir este método.

Tambien debe tener presente para todo este discurso, que en las facultades, que cultivaron poco ó nada los españoles, su corto adelantamiento no arguye falta de habilidad. Acaso si la ejercitasen en ellas, se sobrepondrían mucho á los extranjeros. Dentro de la misma facultad anatómica nos da gran fundamento para pensarlo así nuestro insigne español el doctor Martinez, quien, habiendo, entre las continuas tareas del ejercicio, estudio y escritos de medicina y filosofía, abierto algunos intervalos para aplicarse á la anatomía, salió tan consumado en ella, como testifica la excelente obra, que dos años há dió á luz, con el nombre de *Anatomía completa*, atributo competente á la obra, pues lo es tanto, que con este libro solo se excusa en España cuanto de anatomía se ha escrito fuera de España.

§ XI.

Filosofía moral.—De la filosofía moral profana, si se aparta á un lado á Aristóteles, cuanto hay estimable en el mundo, todo está en los escritos del grande estoico cordobés Lucio Anneo Séneca. Plutarco, con ser griego, no dudó de anteponele al mismo Aristóteles, diciendo que no produjo la Grecia hombre igual á él en materias morales. Lipsio decia, que cuando leía á Séneca se imaginaba colocado en una cumbre superior á todas las cosas mortales; y en otra parte, que le parecia que despues de las sagradas letras no habia cosa escrita en lengua alguna mejor ni más útil que las obras de Séneca. El padre Causino afirmaba que no hubo ingenio igual al suyo. Podria llenarse un gran libro de los elogios que dan á este filósofo varios autores insignes.

§ XII.

Geografía.—En la geografía es príncipe de todos el célebre granadino Pomponio Mela, de quien son los tres libros *De situ orbis*, no ménos recomendables por la exactitud y diligencia, que por la elegancia y pureza de la diction latina. De éste tomaron lo que escribieron Plinio, Solino y todos los demas que siguieron á éstos en la descripcion del orbe. Cubran los extranjeros norabuena las paredes de antecámaras y salones con sus mapas, carguen con los promontorios de sus átlas los estantes de las bibliotecas; no podrán negar que el gran maestro de ellos y de todos los geógrafos fué un español.

§ XIII.

Historia natural.—Inglaterra y Francia, ya por la aplicacion de sus academias, ya por la curiosidad de sus viajeros, han hecho de algun tiempo á esta parte no le-

(*) Véase en los preliminares.

ves progresos en la historia natural; pero no nos mostrarán obra alguna, trabajo de un hombre solo, que sea comparable á la *Historia natural de la América*, compuesta por el padre Josef Acosta, y celebrada por los eruditos de todas las naciones. He dicho *trabajo de un hombre solo*, porque en esta materia hay algunas colecciones que abultan mucho, y en que el que se llama autor tuvo que hacer poco ó nada, salvo el hacinar en un cuerpo materiales, que estaban divididos en varios autores. El padre Acosta es original en su género, y se le pudiera llamar con propiedad *el Plinio del Nuevo Mundo*. En cierto modo más hizo que Plinio, pues éste se valió de las especies de muchos escritores que le precedieron, como él mismo confiesa. El padre Acosta no halló de quién transcribir cosa alguna. Añádese á favor del historiador español el tiento en creer y circunspeccion en escribir, que faltó al romano. La superioridad de los ingenios españoles para todas las facultades no se ha de medir por multitud de escritores, sino por la singularidad, de que aún en aquellas á que se han aplicado muy pocos, no ha faltado alguno ó algunos excelentes. Otras naciones necesitan del estudio de muchos para lograr pocos buenos. En España, respecto de algunas facultades, casi se mide el número de los que se aplauden por el número de los que se aplican.

Agricultura.—Como el estudio sabio de la agricultura, arte en que reina la naturaleza, comprehende en su recinto una parte de la historia natural, podrémos aquí añadir otro famoso español, que nos ofrece la antigüedad, Junio Moderato Columela, autor discretísimo y elegantísimo, cuyos libros *De re rustica* por antiguos y modernos son aplaudidos, como lo más excelente que hasta ahora se ha escrito sobre el utilísimo arte de agricultura. Juan Andrés Quenstedt (*apud Popeblount in Columella*) dice, que este escritor resplandece como sol entre cuantos escribieron sobre el mismo asunto: *Inter omnes, qui extant rei rusticae scriptores, solis instar eminent ac lucet.*

§ XIV.

Salgamos ya á dos facultades de más amplitud, la retórica y la poesía. De más amplitud digo, no sólo por la mayor extension de sus objetos, mas tambien por el mayor número de ingenios que cultivan una y otra.

Retórica.—Cuando España no hubiera producido otro orador que un Quintiliano, bastaria para dar envidia y dejar fuera de toda competencia á las demas naciones, en que sólo exceptuaré á Italia, por el respeto de Ciceron; bien que no falta algun crítico insigne (el famoso brandemburgués Gaspar Bartio), el cual sienta que sin temeridad se puede dar la preferencia á Quintiliano respecto de todos los demas oradores, sin exceptuar alguno. En otra parte le apellida el más elegante entre cuantos autores escribieron jamas: *Quintilianus omnium, qui unquam scripserunt, auctorum elegantissimus*. Laurencio Vala se contentó con conceder al orador español igualdad con el romano. Pero sea lo que se fuere del uso de la retórica, en los preceptos y magisterio del arte, es constante que excedió mucho Quintiliano á Ciceron, pues á lo que éste escribió para enseñar la retó-

rica, le falta mucho para igualar las excelentísimas *Instiluciones* de Quintiliano. Así que, Ciceron fué orador insigne sólo para sí, Quintiliano para sí y para todos. La elocuencia de Ciceron fué grande, pero infecunda, que se quedó dentro de un individuo; la de Quintiliano, sobre grande, es utilísima á la especie, en tanto grado, que el citado Laurencio Vala pronuncia, que no hubo despues de Quintiliano, ni habrá jamás, hombre alguno elocuente, si no se formáre enteramente por los preceptos de Quintiliano.

No fué Quintiliano el único grande orador que dió España á Roma. Marco Anneo Séneca, padre de Séneca, el preceptor de Neron, logra en la fama oratoria lugar inmediato á Quintiliano y á Ciceron. Este es el juicio del docto jesuita Andrés Scoto. Dé modo que podemos decir que produjo dos Cicerones España en aquel tiempo en que Italia sólo produjo uno, y las demas naciones ninguno.

El genio de los españoles modernos para la elocuencia, el mismo es que el de los antiguos. Debajo del mismo cielo vivimos, de la misma tierra nos alimentamos. Las ocasiones de ejercitar el genio son mucho más frecuentes ahora, por el uso continuo que tiene el sagrado ministerio del púlpito; pero no sé por qué haído fatal, cómo ó cuándo se introdujo en España un modo de predicar, en que, así como tiene mucho lugar la sutileza, apénas se deja alguno á la retórica. Veo, á la verdad, en muchos sermones varios rasgos que me representan en sus autores un númen brillante, vivo, eficaz, proporcionado á los mayores primores de la elocuencia; si el método que se ha introducido no los precisára á tener el númen ocioso. Nuestras oraciones se llaman así, pero no lo son, porque no se observa en ellas la forma oratoria, sino la académica; donde la afectada distincion de propuestas y de pruebas deja el complejo lánguido y sin fuerza alguna; donde las divisiones que se hacen quiebran el ímpetu de la persuasion de modo, que da poco golpe en el espíritu. Aquel tenor corriente y uniforme de las oraciones antiguas, tanto sagradas como profanas, caminando, sin interrupcion, desde el principio al fin, al blanco propuesto, no sólo les conservaba, mas sucesivamente les iba aumentando el ímpetu. También habia en ellas distribucion metódica, habia propuestas, habia argumentos, habia distincion de partes. Cómo podia faltar lo que es esencial? Pero todo iba tejido con tan maravilloso artificio, que ocultándose la division, sólo resplandecía la unidad. Este modo que hoy reina, de dar la oracion desmenzada en sus miembros, es presentar al auditorio un cadáver, en quien el orador hace la diseccion anatómica. La análisis de una oracion sólo toca al crítico ó censor que reflexivamente quiera examinarla despues. Anticiparla el orador es deshacer su misma obra al mismo tiempo que la fabrica.

Hágome cargo de la dificultad que hay respecto de cualquiera particular en oponerse al estilo comun; empresa tan ardua, que yo, con conocer su importancia, no me he atrevido con ella; y así, todo el tiempo que ejercí el púlpito me acomodé á la práctica corriente; pero esto no quita que otros espíritus más generosos y más hábiles se apliquen á restituir en España la idea y el gusto de la verdadera elocuencia. En esto pueden en-

trar con ménos miedo aquellos que ya tienen bien establecidos sus créditos en el modo de predicar ordinario. Ni debe detenerlos el estilo general de la nacion, cuando, á favor suyo, y contra él, está la práctica, no sólo de los profanos oradores, mas también de los santos padres.

Hágome también cargo de que orar segun el estilo antiguo, de modo que la oracion tenga todos los primores de eficaz, elegante, metódica, erudita, es para pocos, y que los más no podrán pasar de un razonamiento insulso y desmayado; pero aquellos pocos harán un gran fruto; y á los demas, por mí, déjeseles libertad para seguir el ripio de sus puntos y contrapuntos, sus piques y repiques, sus preguntas y respuestas, sus reparos y soluciones, sus *mases*, sus *por qué*s, sus vueltas, revueltas sobre los textos, y lo que es más intolerable que todo lo demas, las alabanzas de sus propios discursos.

No negaré por eso que el modo de predicar de España, en la forma que le practicaron y practican algunos sujetos de singular ingenio, tenga mucho de admirable. Qué sermón del padre Vieyra no es un asombro? Hombre verdaderamente sin semejanza, de quien me atreveré á decir lo que Veleyo Patérculo de Homero: *Neque ante illum, quem imitaretur, neque post illum, qui eum imitari posset, inventus est*. Dicho se entienda esto sin perjuicio del grande honor que merecen otros infinitos oradores españoles, por su discrecion, por su agudeza, por su erudicion sagrada y profana. A todos envidio ingenio y doctrina; pero me duele que en la aplicacion de uno y otro prevalezca la costumbre contra las máximas de la verdadera oratoria. Sé que algunos se imaginan que no serian gratamente oídos, y puede ser que á los principios sucediese así; pero á poco tiempo se formaria el gusto de los oyentes, de modo que hallasen en la hermosura brillante y natural de la legítima retórica, muy superior deleite al que ahora sienten en este agregado de discursos en que consisten nuestros sermones.

§ XV.

Poesía.—Lo que tengo que decir de los españoles en órden á la poesía, dista poco de lo que he dicho en órden á la retórica. Tiene no sé qué parentesco la gravedad y celsitud del genio español con la elevacion del númen poético, que, sin violencia, nos podemos aplicar lo de *Est Deus in nobis*. De aquí es, que en los tiempos en que florecia la lengua latina, todas las demas naciones sujetas al imperio romano; todas, digo, juntas no dieron á Roma tantos poetas, como España sola; y poetas, no como quiera, sino de los más excelentes, que, si no exceden, por lo ménos igualan ó compiten á los mejores, que nacieron en el seno de Italia. Tales fueron Silio Itálico, Lucano, Marcial, Séneca el Trágico, Columela, Latroniano y otros.

Lo que es muy de notar es, que entre los expresa los hay uno que no tuvo igual en lo festivo, y otro que disputa la preferencia al más eminente (segun la opinion comun) en lo heroico. El primero es Marcial, á quien nadie cuestiona el principado en las sales y agudezas jocosas; el segundo, Lucano, á quien Stacio y Marcial (votos sin duda de gran valor) dan preferencia sobre Virgilio. Del mismo sentir es el discreto y erudito his-

toriador frances Benjamin Priolo. Otros algunos se contentaron con hacerle igual. Y aunque no puede negarse que la comun opinion le deja inferior, creo que la preocupación favorable por el poeta mantuano, y la envidia de las demas naciones á la nuestra, contribuyó más que la razon á establecer la inferioridad del poeta español. Lisonjeó con exceso Virgilio á los romanos en tiempo que éstos reinaban, no sólo en los hombres, mas aún en las opiniones de los hombres, interesábanse en la gloria de un poeta que habia trabajado y mentido tanto por la gloria de ellos. Por eso procuraron remontar tanto su fama, que no alcanzase á ella el vuelo de otra pluma. El favor de Augusto le ayudó mucho. Son los príncipes astros que ilustran á los sujetos hacia donde inclinan sus rayos, y cuyo benigno aspecto influye aún en la fortuna de la fama. En Augusto concurren mil grandes cualidades para hacer en él más eficaz este influjo. Su poder era inmenso, su discrecion acreditada, y su felicidad como contagiosa, que se pegaba á todos los que arrimaba el corazon. Al contrario miraban los romanos á Lucano; esto es, con indiferencia cuando le consideraban extranjero, y con aversion cuando le contemplaban émulo de Virgilio (1).

(1) Confieso que sería insigne temeridad sostener, por mi capricho sólo, la igualdad, mucho más la preferencia, de Lucano á Virgilio. Mas entre tanto que hallo votos de la más alta clase, y desnudos de toda parcialidad, á favor de nuestro español, no es justo abandonar su partido. He alegado por él á Stacio, el cual dos veces le da la preferencia en los versos que compuso, solemnizando, despues de muerto Lucano, el día de su nacimiento. La primera, cuando dijo: *Bæti Mantua provocare nolli*; la segunda, cuando despues de concederle ventajas sobre Ennio, Lucrecio, Valerio Flaco y Ovidio, añadió: *Quin majus loquor, ipsa te Latinis Æneis venerabitur canentem*. Contémplese de cuánto peso es Stacio en materia de poesía, á quien Lipsio llamó grande y supremo poeta: *Sublimis et celsus, magnus, et summus poeta*. De quien Julio César Scaligero, el idólatra de Virgilio, dijo, que era el príncipe de todos los poetas latinos y griegos, exceptuando únicamente al mantuano: *At profecto heroicorum poetarum si phanicem illum nostrum eximas tum latinorum, tum etiam grecorum, facile princeps. Nam et meliores versus facit, quam Homerus*.

Añadirémos ahora al voto de Stacio el de otro poeta no ménos, y acaso podré decir más plausible entre los modernos, que fué Stacio entre los antiguos. Hablo de el gran Cornelio (*Cornelle*), aquel que subió al más alto punto de perfeccion el teatro frances. Tengo el testimonio de el marqués de San Aubin (*Tract. de l'Opin.*, tomo 1, libro 1, capítulo vi de que este grande hombre daba preferencia á Lucano sobre Virgilio.

Finalmente, no quiero omitir lo que Gaspar Bartió (que, sobre insigne crítico, fué también poeta) dice de Lucano, porque, ya que no en todos, en muchos primores de la poesía le concede asimismo ventajitas sobre Virgilio: *Lucanus, poeta magni ingenii, neque vulgaris doctrinæ, spiritus verò prorsus heroici, jam inde, ex eo tempore quo floruit, maxima semper fuit auctoritate; præcipue apud philosophos, propter grave, nervosum et acutum, vibransque et penetrabile scientiarum pondus, quibus universa ejus oratio mirifice floruit, adeo ut in eo genere parem nunquam ullum habuerit.* (*Ayud Pope-Blount.*)

Confesare á Lucano un defecto, de que ya otros le han acusado, que es la prolijidad y amplificación algo tediosa en varias partes de el poema, nacida de que no era dueño de el ímpetu que le atrebataba, para reprimirle oportunamente. Pero ¿no hay también en Virgilio defectos? Pienso que más esenciales, porque desfiguraron á su héroe, degradándole de tal. Este punto hemos tocado en otro discurso, alegando algunas pruebas, que ahora confirmaremos con otras. El erudito Carlos Perrault le notó haber pintado muy lloran á Enéas. Es así, que frecuentemente, y sin mucho motivo, le hace derramar copiosas lágrimas. Otro crítico satisfizo esta acusacion, diciendo, que Virgilio, en las fingidas lágrimas de Enéas,

Confesárale los críticos enemigos á Lucano un ingenio admirable, un espíritu extremadamente sublime y una fertilidad prodigiosa de bellísimas sentencias; pero le señalan dos defectos. El primero (gran tacha para un poeta), que le faltó la ficcion, porque su poema de la guerra civil es en todas sus partes una historia arreglada á la realidad de los sucesos. Julio César Scaligero hizo justamente escarnio de esta acusacion. Sería sin duda una grande infamia de la poesía profesar antipatía irreconciliable con la verdad. ¡Ojalá todos los poetas heroicos hubieran hecho lo mismo que Lucano! Supiéramos de la antigüedad infinitas cosas que ahora ignoramos y siempre ignoraríamos. Lo que yo admiro más en Lucano es, que no hubo menester fingir para dar á su poema toda la gracia á que otros poetas no pudieron arribar, sin el sainete de las ficciones. El fingir sucesos raros, ó en los sucesos circunstancias extraordinarias, es un arbitrio fácil para deleitar y contentar á los lectores. Lo difícil es dar á una historia verdadera todo el atractivo de que es capaz la fábula. ¿Qué dificultad tiene el fingir? Es claro que Lucano no fingió, sólo porque no quiso; y esto, bien lejos de poder imputársele como culpa, es digno de aplauso. Ciertamente será razon ce-

tuvo la ingeniosa mira de lisonjear las verdaderas de Augusto, de quien refiere, que era de corazon tierno y muy ocasionado al llanto. Mas replico, que si ése fuese su designio, pintaria á Enéas clemente y fácil en condonar la vida á sus enemigos cuando los veia rendidos, como lo hizo comunmente Augusto. Bien lejos de eso, jamás le permite dar cuartel en la campaña, aunque varias veces el enemigo, postrado, imploró su clemencia. Más desde de lo heroico esta dureza que aquella ternura.

Pero lo que sobre todo no puede perdonársele á Virgilio, es haber representado en algunas ocasiones á su Enéas con ánimo apocado. Lo de *tristi turbatus pectora bello* es nada con aquel hielo de el corazon ó frio desaliento que mostró al empezar la tempestad, que se pinta en el primer libro:

*Exemplo Æneæ solvuntur frigore membra;
Ingenit, etc.*

¡Oh qué diferente papel hace César en Lucano, constituido en el trance! A los primeros furros del mar le notifica el barquero Amiclas, que, respecto de la horrenda tempestad que se previene, no hay otro remedio para salvar la vida que retroceder sin dilacion al puerto de donde acababan de salir. Qué responde César?

*Sperne minas, inquit, pelagi, ventoque furenti
Trade linum: Italam, si cælo auctore, recusas,
Me pete, etc.*

Ciertamente, por grande que se contemple el corazon de Julio César, nunca puede considerarse mayor, que cual se representa en la suprema energia de estas valentísimas voces. No pienso que excederá quien diga que el espíritu poético de Lucano igualó el valor heroico de César.

Los que, notando en Lucano la falta de ficcion, quieren excluirle por este capítulo de la clase de los poetas, inútilmente se embarazan en una cuestion de nombre. El más apasionado de Lucano se empeñará poco en su defensa sobre este artículo, como en el resto le concedan todos los primores que pide la versificación heroica. Pero ¿es cierto, como pretenden estos censores, que la ficcion es de esencia de la poesía? Es sin duda éste el dictamen más valido; dudo si el más verdadero. Julio César Scaligero, nada indulgente, por otra parte, con Lucano, le reconoce, sin embargo de la falta de ficcion, por poeta: *Nugantur, dice, more suo grammatico, cum obstitunt illum histor. am composuisse. Principio fac historiam meram: oportet enim à Livio differre: differt autem versus hoc verò poeta est.* (Libro 11, *Poetic.*, capítulo 11.)

Realmente, si la ficcion es de esencia de la poesía, hemos de descartar de poetas á Lucrecio, el cual en sus versos sólo escribio una filosofía que tenia por verdadera; á Manilio, que con la mis-